

sagrada comunión, se hermana demasiado con el misterio de la cruz, para que dejase de atraer á ella á la alma con una fuerza irresistible; y he aquí porque este santo hombre no se cansaba de meditar en la pasión y muerte del Salvador. De aquí aquel vehemente deseo de derramar su sangre por su Dios, y que su Magestad satisfizo en cierto modo; pues todas sus enfermedades fueron acompañadas de un flujo de sangre, la que vertía en tanta abundancia, que creían los que le acompañaban hubiese luego de morir. Refiérese de Santa Lugarda, que padecía el mismo accidente experimentando de tiempo en tiempo la rotura de una vena del pecho que le ocasionaba una considerable pérdida de sangre, que Jesucristo le dijo un día, que esta gracia la debía á su ardiente deseo del martirio. Podía yo también hablar aquí de la devoción de nuestro santo hácia el dulcísimo nombre de Jesús, que nunca pronunciaba sin dar manifiestas señales de la alegría que inundaba su corazón, y podría también estenderme sobre otras muchas cosas, muy propias en verdad, para atestiguar el ardor del fuego divino que abrasaba su alma; pero basta ya lo dicho.



~~~~~

### CAPITULO XIII.

Devoción de Felipe para con la Santísima Virgen y demás Santos.



**F**ELIPE amaba demasiado á Jesús, para que dejase de amar también á su augusta Madre; hablaba de ella incesantemente y la traía en su corazón. “Amad á María, decía en sus sermones; ella es después de Dios, el objeto más digno de amor; confiad en ella, pues es la distribuidora de todos los tesoros del cielo.” Empleaba algunas veces toda la noche en hablar con la Santísima Virgen; y entonces agotaba los términos de la más afectuosa ternura, hasta llegar á llamarla con el cariñoso nombre de mamá, que dan á sus madres los niños. Citémos algunos hechos que nos proporciona su devoción, los que hablarán mejor que cuanto pudiéramos decir.



En una enfermedad que padeció cuando vivía en San Gerónimo, llegaron á ser los síntomas tan alarmantes, que temeroso el médico de una muerte repentina, mandó que no se le dejase solo de día ni de noche; y por consiguiente, sus discípulos se repartieron entre sí el cuidado de velarlo. Vino una tarde Antonio Luccio para pasar allí la noche con nuestro santo, y creía no le sería posible soportar el aire sofocante de aquella pieza tan estrecha; pero pronto se desvanecieron sus temores, pues nunca pasó noche mas deliciosa, hasta el extremo que cuando sonó la alba, le pareció que eran las oraciones de la noche. Pero no sin razon, pues creyendo Felipe que estaba solo, no paró toda la noche de hablar familiarmente con la augustísima María.

Usaba frecuentemente de esta su invocacion favorita. "Virgen Maria, Madre de Dios, rogad á Jesus por mí." "¡Oh Virgen y Madre! estas palabras son cortas, decia, pero contienen la mayor honra que puede darse á esta gran Reina, y no pueden dejar de serle agradables." Con tal persuasion, aconsejaba á sus discípulos la repitiesen sesenta y tres veces, en forma de corona, lo que hacia él mismo con tanto fervor, como confianza. Muchos reconocieron por experiencia la eficacia de esta devocion, muy especialmente en las tentaciones de impureza; por cuyo motivo se hicieron familiar esta santa práctica.

Movida Maria del tierno amor de su fiel siervo,

no cesaba de colmarle de sus favores, lo que penetraba del mas vivo reconocimiento el corazon de Felipe; por lo mismo cuando se trató de decorar las capillas de la iglesia que acababa de construir, quiso que las pinturas representasen los diversos misterios de la redencion, y que en cada uno de ellos hubiese una imágen de su augusta bienhechora. "Ella favorecerá, decia él, á todos los que la contemplan y la ruegen: lo sé por experiencia; siempre que oro delante de la que está en mi cuarto, escucha mis votos." De aquí vino la costumbre de representar á la divina María en todos los cuadros consagrados á la gloria del Santo Padre.

La ereccion del nuevo templo, de que ya he hablado, se hizo notable por un acontecimiento que merece referirse. Cuando se demolia la antigua iglesia, Antonio Luccio, encargado del cuidado de la obra, hizo conservar el techo de una capilla de la Santísima Virgen, en que se encontraba una imágen de la Señora, muy milagrosa y venerada. El religioso respeto que tenia á aquella sagrada efigie, le determinó á aguardar á que se construyese la nueva capilla, para trasladarla á ella solemnemente: y así lo hizo en efecto. Una tarde daba Luccio á los operarios esta orden, y á la mañana siguiente le mandó llamar Felipe, y le dijo. "Apresuraos á hacer demoler ese techo ruinoso que Maria detiene por milagro, solo por conservar su imágen." Fué Luccio á dicho lugar, y vió en efecto, que las vigas que formaban la armadura



se habian ya despegado de las paredes y estaban al aire. Vieron esto tambien los operarios y publicaron á grandes voces el milagro. Luego que se acabó el templo, quiso el santo que fuese dedicado á la Santísima Virgen, á fin de vivir en cierto modo con élla bajo de un mismo techo, y tambien, para hacerla amar mas de sus discípulos. Este era uno de sus mas ardientes deseos; por lo cual les decia continuamente: “Sed devotos de la Madre de Dios, hijos míos; amad mucho á Maria.”

Su ternura para con esta augusta Madre, no le hizo olvidar la devocion que debia tambien á los santos. Los honraba de todo corazon, y los invocaba con fervor y confianza; leía continuamente sus vidas, y gustaba en extremo de referir algunos de sus pasajes, ó de oírlos contar á otros. En los últimos años de su vida, se los hacia leer durante muchas horas cada dia. Aunque es cierto que á todos tenia gran veneracion; profesaba sin embargo á algunos un particular afecto. De este número eran Santa Maria Magdalena; porque él habia nacido la víspera de su fiesta, y San Felipe patron suyo. El dia en que la Iglesia honra á este santo, era para él un dia de santa alegría, y acostumbraba dar un pequeño festin á su comunidad; uso que siguió en lo sucesivo cada uno de los padres del Oratorio.

Tenia tambien una particular devocion á las santas reliquias, aunque no era de su agrado lle-

var consigo ninguna de ellas, y así lo aconsejaba á sus discípulos. “La costumbre, decía, espone á tratarlas con muy poca reverencia; luego andan de mano en mano, y acaban muchas veces por ser profanadas.” Mas no se oponía á que cada uno las tuviese en su cuarto, con tal que estuvieran encerradas en un relicario. El mismo tenía uno, que despues de su muerte pasó á manos del cardenal Baronio, y fué instrumento de muchos milagros. Pero nunca probó mejor su religioso amor para con los restos sagrados de los amigos de Dios, que en el celo con que los solicitó para enriquecer su nueva iglesia, y en el pomposo aparato con que hizo su traslacion. He aquí la relacion de este ceremonial memorable, escrita por Baronio.

“Por complacer á nuestro bienaventurado padre, el papa Sixto V, quiso que el cardenal Cusano, del título de San Adrian, le diese los cuerpos de San Papias y San Mauro, que reposaban en su iglesia. El cardenal ejecutó esta orden, no solo sin disgusto alguno, sino con una verdadera satisfaccion, pues nos apreciaba ciertamente. Hizo mas todavía; quiso secundar las intenciones de nuestro bienaventurado padre, que queria que la traslacion se hiciese con magnificencia, y él se hizo cargo de pagar todos los gastos. La ceremonia se verificó el 11 de Febrero del año de 1590 con una pompa verdaderamente extraordinaria. Diez cardenales nos honraron con su presencia y



acompañaron hasta nuestra iglesia el precioso tesoro con que se la enriquecía. ¡Cuán dichosos fuimos los oratorianos al visitarnos aquellos nobles mártires romanos, que se dignaron venir á fijar su domicilio en nuestra propia casa! No podíamos dejar de contemplar, de tocar, de besar sus huesos sagrados; y la disposición en que se hallaban nuestros corazones de irlos á ver cada rato, de rogarles con grande fervor, y de amarlos con ternura, nos hacia estar ciertos de su futura benevolencia.

“Sin embargo, era nada nuestra gozosa devoción comparada con la del bienaventurado padre. Si le hubierais visto riendose y lleno de animación, saltar de alegría, arrojarse en medio de la muchedumbre como un hombre delirante, ir y venir á la iglesia, sin casi saber lo que hacia. La preciosa urna se depositó en un altar ricamente adornado, en medio de la nave de la iglesia, y permaneció allí espuesta por cuatro dias á la pública veneración, y despues se colocó bajo del altar principal en donde debia permanecer para lo sucesivo.”

Entre los dones que Dios se dignó dispensar á su siervo fué uno, y en el mas alto grado ciertamente, el de comunicar á los demas el fervor de su alma. Los que ocurrían á él, aun cuando fuesen de hielo, sentían muy pronto encenderse en sus corazones el divino fuego. Si por el contrario, dejaban de tratarlo, luego se resfriaban de una

manera sensible. Lavinia de Rustici, esposa de Fabricio Massimi, hizo una feliz experiencia de este don comunicativo. Antes de entrar en relaciones con el santo, todo lo de él le daba motivo de contradicción, y era tanta la aversión que le tenia, que no podia ni aun oír su nombre sin grande repugnancia. Fabricio que por el contrario, le profesaba una religiosa adhesión, se esforzaba en destruir las injustas prevenciones de su muger. Despues de largas é inútiles tentativas, logró por último llevarla á hacer una visita al siervo de Dios. Esto fué lo bastante. Quedó tan admirada de su amable virtud, que se puso bajo de su dirección, y aprovechó tanto con este hábil maestro, que en muy poco tiempo fué otra. Sustituyó la modestia cristiana á la vanidad; el mundo perdió para ella todos sus atractivos; ya no se ocupaba sino de buenas obras; se acercaba á los sacramentos tres veces á la semana, y se aplicó de tal suerte y con tan buen éxito á la oración, que no tardó en experimentar algunos éxtasis. Pocos años despues, plugo á Dios poner fin á su vida, y su santo director supo por revelación que disfrutaba de la gloria eterna.

Constancio de Drago de Crescendi, asistía un dia á la misa de Felipe con un criado suyo llamado Eugenio; y repentinamente sintió abrasarse su corazón, y experimentó tan viva compunción, que no pudo impedir que sus ojos derramasen abundantes lágrimas. Admirado de una devoción que



no le era ordinaria, quiso saber si otros tambien participaban de ella. Se volvió, pues, á su criado, y le dijo: “¿Sientes alguna cosa extraordinaria?—Tengo el corazon hechos pedazos le respondió,” y en efecto las lágrimas corrian abundantemente por sus mejillas. Cuando salieron del templo se comunicaron mutuamente sus ideas, y uno y otro se persuadieron firmemente que debian esta gracia al fervor del santo.

Neri de Nigri, noble Florentino de quien ya hemos hablado antes, padecia continuas distracciones en la oracion. Pero ¿cuál fué su sorpresa, cuando asistiendo por la primera vez á la misa del santo, vió que su espíritu entraba y permanecia fácil y sosegadamente en la meditacion? Por entónces no dió con la causa de esta mudanza; pero mas tarde observó que la misa de Felipe producía en él siempre el mismo efecto, y juzgando que era una emanacion de la virtud del santo, procuró en lo sucesivo aprovechar las ocasiones de oirla.

Todos los que oraban en su compañía, experimentaban tal alegría espiritual, que las horas les parecian instantes. Algunos afirmaron que hubieran pasado con él, de buena voluntad, los dias y las noches. Dos de sus primeros discípulos que hicieron este dulce experimento, no pudieron menos que manifestarle su admiracion: pero, él les respondió: “yo no veo en esto mas que una cosa demasiado sencilla: y es que nuestro Señor os da

leche, porque sois todavía niños.” Cuando se sentaba en el tribunal de la penitencia, su corazon abrasado en caridad, comunicaba su fuego á los penitentes, quienes, especialmente al tiempo de la absolucion, se sentian penetrados de una compulsion consoladora y maravillosa.

Bastaba recibir de él alguna demostracion de amistad, para experimentar estas influencias de devocion. “No sé por qué, decia Juan Anzina, no podia yo entrar al cuarto de este buen padre, sin poseerme de temor; porque yo lo amaba mucho y le iba á ver de muy buena voluntad. Sensible él á mi temor, me colmaba de caricias, y esto solo cambiaba enteramente mi interior; entónces sentia yo no se qué gracia celestial en mi corazon que me inflamaba en deseos de los bienes eternos. Al salir de su cuarto, me iba á la iglesia, en donde tenia yo una oracion deliciosa.” Marco Antonio Maffa, habia hecho tambien igual experiencia, y he aquí como se esplicaba sobre el particular. “Aun siendo yo un grande pecador, el mas abyecto y despreciable de los hombres, luego que conocí al buen padre Felipe, le tuve por un santo. Atraído por el amor y la confianza, me hice su discípulo, é iba á verlo siempre que mis ocupaciones me lo permitian. Le elegí por mi confesor, y experimenté en su tribunal los efectos de la gracia, como no los habia experimentado en los de los demas; cuando me dirigia la palabra, y sobre todo, cuando me absolvía, se derretia mi corazon



de amor, y derramaba yo un torrente de lágrimas. ¡Cuántas veces me llegué á sus piés con mi alma acongojada y en un malestar inexplicable! Pero apenas le descubria yo las tentaciones que me acongojaban, cuando luego renacia en mi espíritu la calma y la serenidad. Desde que está en el cielo, siempre que imploro su favor siento su presencia de una manera que no puedo explicar. Si digo misa con los ornamentos que usaba, lo que hago algunas veces, experimento una devoción que me derrite en lágrimas." Hay otros muchos testimonios sobre el particular que se hicieron bajo de juramento despues de la muerte del santo; pero bastan ya los citados.

---

#### CAPITULO XIV.

Sus lágrimas y su espíritu de Oracion.

---

**S**IN embargo, de que al presente estamos tratando de las virtudes del bienaventurado Felipe, y que he de hablar de sus dones mas adelante; como el de lágrimas es uno de los frutos mas recomendables de la devo-

cion, no puedo dispensarme de decir de él alguna cosa, pues segun el sagrado Evangelio, por los frutos conocerémos el árbol. Seria difícil encontrar un corazon tan tiernamente caritativo como el de este santo hombre. Bastaba para hacerlo llorar, referirle una desgracia pública ó particular; pero todavía mucho mas si se trataba de la muerte de una alma. Entónces se le oía esclamar como otro Jeremías: "¡Quién diera agua á mi cabeza y á mis ojos una fuente de lágrimas, para llorar noche y dia las desgracias de la hija de mi pueblo!" En la informacion que se hizo despues de su muerte, declaró como testigo el cardenal Federico Borromeo, que le habia visto mas de una vez, llorar por los pecadores, con los gritos y sollozos de un niño, á quien corrige su padre.

Confesándose con él un dia un hombre de distincion, ocultó por vergüenza sus mas graves pecados. Ignoraba, sin duda, que el santo tenia el don de profecía. Mas ¿cuál fué su sorpresa al oírle declarar todas sus torpezas? Tuvo á lo ménos la suficiente cordura para confesar su criminal vergüenza; y entónces el confesor queriendo preservarlo de un orgullo tan peligroso, le pintó vivamente las funestas consecuencias de un sacrilegio; y cuando ya le vió conrito, llevado de una tierna compasion, derramó una abundancia de lágrimas, que fué bastante para acabar de penetrar el corazon de este hombre arrepentido. Despues de haber llorado largo rato uno y otro, le